

SIEMPRE HAY ALGUIEN
A QUIEN MATAR

Guillermo Orsi

SIEMPRE HAY ALGUIEN
A QUIEN MATAR



Primera edición: mayo de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Guillermo Orsi

ISBN: 978-84-123794-2-6

ISBN digital: 978-84-123794-3-3

Depósito legal: M-15558-2021

Real Noir Ediciones

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@realnoirediciones.com

www.realnoirediciones.com

Impreso en España

A José Luis Muñoz

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,
amantes incondicionales de la novela negra

¿POR QUÉ CAE LA LLUVIA, SI NUNCA LAVA NADA?

Criada con el siglo xx, la novela negra no podía escapar a la fascinación de las dicotomías, tan propias de ese tiempo de cambios y perpetuaciones. Así, durante años, los amantes y novios formales del género discutíamos amablemente (sin llegar casi nunca a las manos, y digo casi), reivindicando como si fuera un mérito propio el hecho de ser de Chandler o de Hammett. Dos nombres que definían, aparentemente, posturas opuestas dentro del *noir*. Una separación y una diferencia tan falsas como intensas. Por un lado, los que destacaban de Dashiell Hammett la seca, cortante y eficaz manera de narrar las pústulas del sueño americano, esa radiografía de todos los tumores que implicaba la propia sociedad de la que el autor era enemigo confeso. La violencia sin moral como representación absoluta del ideal capitalista, el sueño la corrupción como aceite parta un mecanismo desalmado y sin ética. Allí está, como ejemplo destacado, *Cosecha roja*, por ejemplo. Y tantos otros libros en los que la deshumanización era el requisito para la supervivencia, si no del más fuerte, sí del más despiadado.

Al otro lado de la trinchera artificial (como lo son todas), los defensores del estilo irónico de Raymond Chandler, que

ocultaba también cierta complacencia hacia el sistema y una automática y bien fundamentada desconfianza hacia los encargados de hacer que funcionara.

La corrupción va por dentro

Lo cierto es que ambos maestros (y otros que no han sido tan recordados, pero que aportaron su munición de primera) contribuyeron a utilizar ese fabuloso mecanismo de comunicación con las clases trabajadoras americanas del momento que fue el *Hard Boiled*, utilizado casi siempre para narrar los más bajos instintos y transportar mensajes patrioter y machistas, pero que al mismo tiempo era vehículo de las quejas hacia una sociedad que sobre el papel funcionaba de maravillas, pero cuando lo mojaba la lluvia de la realidad, dejaba a millones a la intemperie.

En los años 80 leí por primera vez una frase que —creo— era obra del experto Javier Coma y que yo, como joven adorador del autor de *El sueño eterno*, repetí muchos años con vocación *loresca*: «Hammett lo hizo primero, pero Chandler lo hizo mejor». Reitero que no estoy seguro de la autoría de la frase, pero sí —con el paso de los años, las lecturas y mi propia escritura— comprendí la burla implícita hacia el fervor de los supuestos bandos.

Resulta casi imposible disfrutar a fondo de Chandler sin Hammett y diría que vale totalmente el viceversa.

Es sabido que el autor de Philip Marlowe, en uno de los momentos más bajos de su vida, desempleado o a punto de volver a estarlo, leyó un cuento de Dashiell Hammett en la revista *Black Mask* y decidió que eso era lo que él quería hacer: literatura con ese género menor y popular, hacer literatura y

generar un respeto para esa manera de contar la oscuridad de la sociedad. Se sabe incluso que intercambiaron correspondencias, no sé si llegaron a ser amigos, pero sí a profesarse un respeto mutuo. Y que la animadversión literaria supuesta quedó, como en tantos otros casos, para la discusión de los supuestos herederos que nunca heredamos esos talentos enormes.

Y existe una conexión todavía más interesante entre ambos autores. Me refiero a las formas de narrar la corrupción política e institucional que ya había carcomido los cimientos de la sociedad supuestamente perfecta del futuro.

uno a su forma, y sin embargo es el tema —con más o menos violencia— pero en el fondo con las mismas víctimas. La ciudad de *Cosecha roja*, con sus bandos enfrentados y manipulables, no se diferencia tanto del Bay City en el que, una y otra vez, Marlowe mete las narices para que se las rompan.

Todo esto viene a que, más allá de disputas absurdas y ajenas, ambos autores acuñaron, quizás sin pretenderlo, los verdaderos principios del género en su estado más puro, mirando hacia los suburbios, donde la ley de diluye. Aunque el *noir* es una vertiente narrativa con fuerte apoyo en el entorno urbano y ese gran animal salvaje que es la ciudad con frecuencia se constituye en un protagonista más, es en las pequeñas localidades donde la podredumbre, por cercana, es también más notoria y (aunque parezca una contradicción) más frágil.

Resulta más claro ese corte transversal de lo que supone la corrupción, el castillo de naipes sobre el que se sustenta un poder que a veces —solo a veces— puede ser derrumbado por un soplo de verdad. Allí donde nadie mira porque no conviene mirar, surge alguien que escarba para buscar y saber de un muerto que a nadie le importa.

Volver es un verbo con trampa

Y de eso va esta novela de Guillermo Orsi, que además es uno de los pocos autores del género que combina lo mejor de ambos mundos que nunca fueron mundos diferentes, sino complementarios. Orsi maneja ese desinterés tan a lo Hammett, ese desapasionamiento del investigador que no está exento de miedo, simplemente no sabe o no puede aprender a detenerse.

Pero este autor, al mismo tiempo, es capaz de la ironía en el diálogo y la creación de situaciones más propias de Raymond Chandler, por no hablar de un lirismo *Made in Orsi*, una poética de fondo que, aunque suene pesarosa o melancólica, siempre se reserva un trocito de sonrisa en la comisura.

Por suerte, siguen existiendo escritores como Guillermo Orsi que no creen en fórmulas mágicas ni matemáticas, sino en escribir para contar y contar bien. Una larga y fructífera trayectoria en la cual los premios merecidos son solo lo que más brilla porque es lo que más se enfoca, pero lo que importa son los textos, como en esta novela, que podría ser un manual de cómo escribir una buena novela negra, si no fuera porque a Orsi le entraría la risa al decirlo.

En el género en español, en especial los últimos años, padecemos de una tendencia repentista que nos hace llamar *maestro* de inmediato a todo aquel que escribe bien (o más o menos bien); la palabra *maestro* hace abrir bocas con desmesura digna de la ópera o de una gran porción de tarta industrial y colorida.

Dicho esto, diré también que, en un ámbito en el que se abusa de llamar *maestro* a alguien, Guillermo Orsi lo merece y no deja de enseñarnos todo lo que aprende al escribir. Y el que quiera discutir al respecto, nos vemos a medianoche en el callejón.

Un escritor que no es famoso —como casi todos los escritores— vuelve a un pueblo casi perdido en la Costa Atlántica argentina; uno de esos pueblos que en verano florecen de plástico y neones y en invierno se hunden bajo la lluvia que nunca consigue lavarle los pecados. Vuelve para esclarecer la muerte de la mujer a la que quizás amó y que quizás lo quiso. Es un hombre de quizás. Tiene demasiadas preguntas y ninguna prisa aparente por responderlas, acaso porque sospecha que el amor y los recuerdos están hechos de misterios que se deshacen bajo el peso despiadado de las respuestas.

Siempre hay alguien a quien matar es una historia clásica negra en el mejor sentido de la palabra. Clásica, pero no previsible. Clásica, porque tira con pericia de todos los hilos que emparentan la ficción y la realidad.

Hay un hombre que llega a un pueblo pequeño aparentemente próspero en temporada estival, pero olvidable en invierno. Uno de esos pueblos que existen en todos los países del mundo en los cuales la apariencia importa más que la realidad. Un pueblo bajo la lluvia que, sin embargo, no consigue lavar tanta porquería apenas disimulada con perfume caro y falso.

El pueblo de la historia de Guillermo Orsi es prototipo y no estereotipo; tiene un carácter que se va desgranando al ritmo de los acontecimientos sin ceder al cliché.

Un dato curioso, después de varias lecturas de la novela, y que apunta a lo que comentaba al principio, es ese carácter *hamet Chadleresco* de esta novela. Conocemos muy pronto el nombre y el apellido del protagonista. Sonoro. Recordable. Se menciona varias veces. Y, sin embargo, el lector tiende a olvidarlo o no tenerlo en cuenta, como en una narración de

Hammett. Es el escritor, porque así lo llaman, entre la sorna y cierto respeto remoto, sus ocasionales compañeros de investigación perezosa pero llena de sobresaltos.

Orsi nos ofrece una radiografía de la corrupción y el juego de espejos de una pequeña comunidad de esas en las que nunca ocurre nada, hasta que ocurre todo al mismo tiempo.

Y la maestría del relato hace que exceda las fronteras de su marco narrativo en la Costa Atlántica argentina. Cambiando un par de nombres, esta historia podría ocurrir en muchos pueblos de la costa del Levante español, aldeas blancas y azules de la clásica Italia de postal o encantadores pueblecitos franceses.

Esta es una historia clásica porque hay alguien que investiga la muerte de alguien que el resto no parece demasiado interesado en desvelar. El escritor indaga con miedo a lo que pueda encontrar, protegiendo lo poco que le queda de un recuerdo que nunca encajará con la realidad.

Los escasos aliados que encuentra en su investigación serán tan poco fiables como los supuestos enemigos y la imagen de la mujer irá cambiando de la misma forma como pasa con todos los paisajes de la lluvia. Hay una poética triste e inexorable en este libro, como en otros del autor, que lo vuelve adictivo.

Será quizás la combinación de esos componentes químicamente literarios, esas dos maneras que nos mintieron que eran opuestas y resulta que son complementarias: la dureza de todo lo que huele mal contado sin coartadas y la mirada irónica y poética que permite valorar la efímera flor en una cloaca.

Debo confesar que la lectura de este libro me provocó un poema, en el que asoma el protagonista presente del libro (la muerta siempre estará, aunque no esté), del que copio el final, porque se lo debo al autor y al narrador que nos hermana en el desconcierto:

*Me cuesta recordar la lluvia fuera con nosotros dentro.
Todos los coches se vuelven fábricas de salpicaduras.
La ciudad es un charco sin fondo y no sabré nadar
si no estás en la orilla.*

*A veces me pregunto por qué cae la lluvia.
Por qué sigue cayendo, si nunca lava nada.*

CARLOS SALEM
Madrid, 2021

«A veces, el demonio nos engaña con la verdad».

WILLIAM SHAKESPEARE

Macbeth

PRIMERA PARTE
POR LOS OJOS DE LA NOCHE
MIRA EL DIABLO

La lluvia cae con furia suicida sobre la terminal de ómnibus de Los Médanos; «El agua relampaguea como si surgiera del manantial de los infiernos», garabateo en mi libreta de apuntes mientras espero en el bar a que amaine la tormenta y vengan a buscarme. No hay nadie en el bar y el encargado repasa largamente la mesa con un trapo que debió estar limpio al tomar su turno, comenzando la noche, pero con el que ahora parece haber recogido ya la mugre de varias confesiones de clientes a lo largo de la madrugada.

—¿Turista?

Está más interesado en una respuesta que en tomar el pedido. Decido contrariarlo, dejársela picando para que anote lo que le pido y se aleje hacia el mostrador mirándome de reojo, desconfiando de ese tipo que acaba de llegar solo, con apenas un bolso de mano, mientras la media docena de pasajeros que compartieron mi viaje corrían a zambullirse en los autos que los estaban esperando.

Vuelve con mi desayuno, empieza a repartirlo en cámara lenta sobre la mesa, espera a que su pregunta sea respondida, no hay nadie con quien hablar y en los monitores de televisión repiten escenas de noticias policiales que ya envejecieron, crímenes y violaciones que hasta anoche pudieron ser primicias, pero que a la luz cenicienta de la mañana son páginas de un diario viejo que ni para envolver basura sirven.

—Turista —respondo al fin, cuando acaba su demorada tarea.

Mueve apenas su cabeza en lo que no luce como un gesto de bienvenida.

—No es la mejor época —suelta, ya dándome la espalda.

Arrecia el temporal, la mañana se oscurece antes de que renovados torrentes de agua se despeñen sobre la apacible ciudad balnearia y mientras desayuno, pienso que no vas a venir a buscarme, que aquello que nos prometimos se fue torrente abajo, golpeándose contra las piedras de un cauce que, lo sabíamos, nunca nos atreveríamos a cruzar.

¿Por qué las promesas, entonces? Las tuyas y las mías en un duelo de valientes que no éramos, en un torneo de mentiras en las que ni vos ni yo creímos.

—Cosas del amor —dijo Graciela frente al analista, irónica como siempre, harta de nuestros conflictos de separados con hijos, de recorrer oficinas de abogados y consultorios de psicoanalistas, de buscar fórmulas tan imaginarias como las de la alquimia para que los pibes comprendieran que habíamos dejado de amarnos, pero que no nos odiábamos y que nada cambiaría para ellos. Como si no supieran que el mundo que hasta entonces habían conocido se les venía abajo, que mi relación con Graciela era ya un montón de escombros cuando nació el segundo de ellos, Gastón, y que si la plata no llegaba a tiempo, y a veces nunca, no era culpa de la banca internacional.

—Tenemos que ver eso, Paco, porque no ganás tan mal, la excusa no es laboral ni monetaria —sentenciaba el analista.

—Vamos a embargarle sus honorarios para que empiece a darse cuenta de lo que de verdad es la miseria —amenazaba el abogado.

Hizo falta un par de años, mucha intimación judicial y revisionismo psicoanalítico para que Graciela y yo aceptáramos

que era cierto aquello de lo que queríamos convencer a los pibes. No nos odiábamos.

Pero porque nunca nos habíamos amado.

Y acabé volviendo, sin embargo.

¿Por qué regresar a una esquina donde nadie nos espera, por qué rondar una casa vacía, qué o a quién esperamos?

Por esos días me vi tentado de publicar un aviso clasificado: «Fantasma busca fantasma». Si lo hubiera hecho, tal vez me habrías respondido. A tu manera, claro, nunca explícita, experta en sombras.

Graciela se fue de mi vida como había llegado, nave solitaria que recaló en mi pobre historia personal. No fue la única y si hoy la recuerdo no es porque sea la-madre-de-mis-hijos, sino porque afuera llueve demasiado, el frío es intenso, el viento sur estrella el agua contra los ventanales de la terminal de ómnibus de Los Médanos.

No le pedí que se fuera, podría haber vivido junto a ella unos años más.

—Los que te quedan de vida —me acusó el analista.

—Que para mí, son demasiados —remató ella en un clásico linchamiento de diván raído, de consultorio en Palermo Viejo que apesta a humedad, a nicotina, a egos maltratados, a groseras venganzas.

Tampoco ella me pidió que la dejara ir ni le preocupó despedirse cuando llegó el momento. Para colmo, yo había acumulado una deuda de dos meses con el analista, no quería darnos el alta antes de saldarla, buscaba excusas, argumentos extraídos de su manual traducido del *creole* —como llamábamos a la jerga psicoanalítica que vuelve ilegibles a sus pasquines académicos—.

Como los buenos gobiernos, saldé mi deuda contrayendo otras.

Amigos que no he vuelto a ver, que al comienzo querían saber si había sobrevivido a la separación, si me estaba recuperando y, ya que estamos, che, a ver si nos vemos una tarde de estas y te hacés cargo de esa vieja deuda, no porque yo la necesite, sino por cerrar ese ciclo, ¿viste?

—Te estabas derrumbando cuando te conocí —dijiste alguna vez.

—Mi ego eran restos humeantes.

—Zona contaminada.

—Daños colaterales.

Y reíamos, mirándonos, arrancándonos las sábanas de ciento cuarenta y dos noches en vigilia, de insomnios en canciones a dúo, de adolescencia restaurada, de descubrimientos.

—¿Lo vienen a buscar?

El encargado vuelve al ataque, recapacitó, tiene que enterarse, no puede llegar un tipo solo, en pleno invierno y con este temporal, y decir tan livianamente que es un turista.

—Puedo pedirle un taxi. ¿Tiene hotel reservado?

Le dejo un billete que contiene varias propinas, me levanto y salgo hacia la sala de espera. Oigo sus murmullos de protesta, algún insulto entre dientes a modo de agradecimiento.

—Dijiste que nunca más. Y recién me conocías.

—«Nunca más el amor», qué cursilería.

—Nadie está a salvo, Paco. Ni vos.

—¿Del amor?

—No, de ser cursi.

Y te espero.

Debe ser la lluvia, que difumina el mundo, que abre este paréntesis en la estación de ómnibus de una ciudad balnearia en invierno, esta certeza del naufragio que ninguna playa podrá aliviar.

El auto aparece al fin, entra despacio, quien lo conduce adivina que puedo ser el que viene a buscar porque soy la única figura humana, un objetivo demasiado a la vista aunque el agua me borre, y con un juego de luces altas y bajas busca capturarme, anticiparse al encuentro antes de que yo desaparezca.

Estaciona y subo, tras correr los veinte o treinta metros de intemperie.

Empapado, chorreando como un buzo que acaba de emerger, pido disculpas, cierro la puerta y podrías estar diciéndome que sos experta en rescates, que los fugitivos y los náufragos son tu especialidad.

—Bienvenido a Los Médanos, aunque el tiempo me contradiga.

Una mano de mujer que busca rozar, pero acaba estrechando mi mano transformada en alga, para traerme a la superficie.

—Gracias por evitar que me ahogara ahí afuera.

—Soy Celia.

Reprimo la necesidad de preguntar por vos, acepto la triste sonrisa de la mujer al volante que dice ser Celia.

—Lo siento —se me cierra la garganta—, lo siento tanto.

Conduce todavía medio centenar de metros hasta detener el auto sobre la banquina del camino de acceso y crisar sus manos sobre el volante, nada más que por tener de dónde sostenerse para no hundirse y confirmar, con su ahogado llanto, que nunca vendrás ya a encontrarte conmigo.

